



Homilía en la celebración del 20º aniversario del Diaconado Permanente

Santa Iglesia Catedral, Jerez 26 de Diciembre de 2012

Queridos diáconos, familiares, amigos; hermanos todos:

Tras veinte años de recorrido en nuestra diócesis del diaconado permanente, nos reunimos en la Santa Iglesia Catedral para dar gracias a Dios por este ministerio cuya institución se remonta al Nuevo Testamento. De hecho, San Lucas nos dice en los Hechos de los Apóstoles que éstos impusieron las manos a "siete hombres de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría" para que atendieran las necesidades de las viudas de habla griega. Ellos eran de habla griega también y liberaron a los apóstoles de las preocupaciones temporales para que se dedicaran más plenamente a la oración y a la predicación (Hc. 6, 3). Posteriormente, tras un período de menor actividad diaconal, será el Concilio Vaticano II el que restaure el diaconado como ministerio ejercido en forma permanente en la Iglesia y que hoy renovamos en este año de la fe en el día del primer mártir, el diácono San Esteban.

Como San Esteban, el protomártir que predicó ante el sanedrín, y San Felipe, que catequizó al eunuco etíope, los diáconos desde el inicio no se dedicaron únicamente al servicio de la mesa. El Orden Sagrado consagra al diácono al ministerio del encuentro con Cristo Siervo..

Como vemos la misión de los diáconos es imitar a Cristo en su acción de servir, que se explicita en tres grandes campos: la caridad, la evangelización y la liturgia, pero previo a estas grandes áreas, hay un cimiento profundo y sólido sobre el cual se apoya cualquier actividad o servicio en la Iglesia: la identidad con Cristo que nos transforma y nos hace capaces. Identidad que como nos recordaba el Nuncio apostólico Don Justo Mullor en su reciente visita, en la conferencia a los sacerdotes, es fruto en primer lugar del sacramento del Bautismo y posteriormente del sacramento del Orden que podríamos decir configura de una forma especial nuestra identidad bautismal

A través de la imposición de manos de los Apóstoles y sus sucesores los Obispos, el Espíritu Santo os configura con Jesucristo, como servidor de Dios Padre y de los hombres, y así os da la gracia para desarrollar con eficacia vuestro ministerio, llevando a buen fin las tareas que el Obispo os encomienda.

Por tanto, mirando nuestro bautismo, en este año de la fe, quiero en primer lugar invitaros a descubrir la necesidad de cuidar nuestra fe, para poder llevar adelante la misión que el Señor nos encomienda a toda la Iglesia y lógicamente al diaconado de evangelizar un mundo que está enfermo porque sufre una grave "crisis de fe" y ponerlo ante Jesucristo, el único Médico que puede sanarlo Y para ello: hay que convertirse, hay que dejar de mirarnos a nosotros mismo y mirar a Dios. Hay que cuidar la fe, hay que "acogerla", "guardarla en el corazón" y ponerla "en práctica"... no "situarse ante ella"..)

Como bien recoge el Evangelio tenemos que confiar en Dios. Él sabe que tantas veces no sabemos qué decir, que tantas veces no somos capaces de dar la talla. Pero al mismo tiempo nos dice que no nos preocupemos, nos invita a confiar en Él. Confiar no es abdicar de sí, sino dar crédito a otro,

confiar en que no estoy sólo. La confianza de la fe supera toda confianza humana, colmándola de esperanza. Por tanto nuestro ministerio debe tener una actitud de abandono a Dios.

Por otra parte mirando a nuestro ministerio diaconal y escuchando lo que dice el Concilio descubrimos que hemos sido confortados con la gracia sacramental, en comunión con el Obispo y su presbiterio, para servir al Pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad. Y es precisamente renovar nuestro ministerio a lo que nos invita la liturgia de hoy.

Así mirando a San Esteban y la luz del Evangelio lo primero que descubrimos es que no podemos ejercer el ministerio focalizando nuestras limitaciones y mirándonos a nosotros mismos, que sólo nos lleva a la fatiga y desilusión, a la acomodación al ambiente y al desinterés, y sobre todo a la falta de alegría y de esperanza. Es necesario fijar nuestra mirada en el cielo y abrir nuestro corazón totalmente a Dios.

También hay que tener presente nuestra ordenación diaconal sacramental debe realizarse y concretarse existencialmente. No es una actividad de algunas horas, sino que se realiza precisamente en la vida pastoral, en sus sufrimientos y en sus tristezas y, naturalmente, también en las alegrías.

Por otra parte saber que no estamos solos; el ministerio ordenado nos llama a la comunión con el Obispo y su presbiterio. Es importante no convertirse en franco tiradores, en ir cada uno por su cuenta, sino que es necesario compartir y sentirse miembro de un presbiterio.

Por último, no podemos olvidar el matrimonio. No es posible vivir el servicio a la Iglesia universal si no se vive el diaconado en la Iglesia doméstica. Hay que tener presente siempre que tu diaconado ha necesitado el sí de tu esposa, de ahí que hay que vivirlo en comunión. Podemos decir que este ministerio necesita de dos. Igualmente estáis llamados a evangelizar a la familia tan necesitada hoy de la luz de Dios. Hay que vivir la Iglesia doméstica en oración y donación.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez